



PALABRAS Y MODERNAS PRENSAS LATINOAMERICANAS (1860-1900)

*PALAVRAS E IMPRENSAS MODERNAS LATINO-AMERICANAS
(1860-1900)*

*WORDS AND LATIN AMERICAN MODERN PRESS
(1860-1900)*

Pablo Rocca¹ 

Universidad de la República, Uruguay

Resumen: Desde 1860, la fecha es promedial, ingresa la modernización literaria por diferentes sitios de América Latina. Esa novedad está asociada a un general proceso análogo –pero del que no es un simple espejo– al campo económico y social. Por un lado, la modernización rechaza las imposiciones del capitalismo; por otro, se aprovecha de su capacidad de expansión por medio de la educación letrada en los discursos de la prensa, la novela por entregas, el folleto como vehículo de difusión mayor, el más selecto libro. Estas fueron las llaves para modificar las formas de lectura y, por añadidura, la concepción del mundo. Este trabajo se propone observar algunos puntos fundamentales del vínculo entre medios y formas, la tensión entre nacionalismo y cosmopolitismo y las figuras del escritor y el periodista. El foco se coloca en la pugna por la búsqueda de un lenguaje americano y la relación entre producción literaria, prensa, impresos y públicos tomando en cuenta varios ejemplos americanos del período, sobre todo del Río de la Plata y de Brasil.

Palabras clave: Prensa; impresos y públicos; Modernidad y modernización literaria; Brasil; Río de la Plata.

Resumo: Desde 1860, aproximadamente, a modernização literária entra em diferentes partes da América Latina. Esta novidade está associada a um processo geral análogo –mas do qual não é um simples espelho– ao campo econômico e social. Por um lado, a modernização rejeita as imposições do capitalismo; por outro, aproveita sua capacidade de expansão por meio da educação letrada nos discursos da imprensa, o romance em folhetim, os

¹Doctor en Letras por la Universidade de São Paulo (USP, Brasil). Profesor Titular de Literatura Uruguaya y Literatura Brasileña en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República (Udelar, Uruguay). Email: pabloroccapesce@gmail.com

livros em brochura como veículos de maior divulgação e ainda o livro mais seletivo. Essas formam as chaves para abrir as portas a novas formas de leitura e, além disso, para uma nova concepção do mundo. Este artigo pretende observar alguns pontos fundamentais de ligação entre meios e formas, a tensão entre nacionalismo e cosmopolitismo e as figuras do escritor, do jornalista e até do educador. O foco se coloca na luta pela busca de uma língua americana e na relação entre a produção literária, a imprensa, a mídia impressa e o público, levando em conta vários exemplos americanos do período, especialmente do Rio da Prata e do Brasil.

Palavras-chave: Imprensas; Impressoras e públicos; Modernidade e modernização literária; Brasil; Rio da Prata.

Abstract: Since 1860, the date is an average, literary modernization enters through different places of Latin America. This novelty is associated with a general analogous process –but of which it's not a simple mirror– of the economic and social field. This modernization rejects on the one hand the impositions of capitalism and, on the other, takes advantage of its capacity for expansion in the speeches of the press, the serialized novel, in the pamphlet as a vehicle of greater diffusion, in the most select books, the keys to modify the ways of reading and, in addition, the conception of the world. This work aims to observe some fundamental points of the link between media and forms, the tension between nationalism and cosmopolitism and the figures of the writer and the journalist. For that the focus is placed on the struggle for the search for an American language, and the relationship between literary production, press, educators, printed and publics, taking into account several American examples of the period, especially from de Río de la Plata and Brazil.

Keywords: Press, printed and public; Modernity and Literary Modernization; Brazil, Río de la Plata.

DOI:[10.11606/issn.1676-6288.prolam.2022.199973](https://doi.org/10.11606/issn.1676-6288.prolam.2022.199973)

*Recebido em: 11/07/2021
Aprovado em: 04/10/2022
Publicado em: 12/10/2022*

1 Introducción

Como se viene estudiando desde el último tercio del siglo XX, la literatura y la cultura latinoamericanas se afirmó durante la modernidad en el marco de los nacionalismos a través de varios vehículos: el periódico, el

manual, los libros entendidos como canónicos o ejemplares, etcétera. Unos y otros, de una u otra forma, justificaron el lugar preeminente de las élites y distribuyeron el papel simbólico de varios sujetos sociales periféricos o aun dominados en ese reparto material. Más allá del esfuerzo de sistematización que, a posteriori, ha intentado la crítica y la historiografía literaria latinoamericanas para procurar nichos de homogeneización, en rigor la modernidad operó sustancialmente sobre cada espacio nacional, como si esta fuera un territorio cerrado. Se podría pensar, como propone Adriana Rodríguez Pérsico, que la modernidad se ubicó en América en una zona crítica entre el pasado y lo que vendrá, ya que la clave se encuentra en cómo se piensa el tiempo presente, por lo que “le compete a la literatura reponer la historia de forma oblicua y lateral; proponer modos de resistir a la aceleración de la modernidad” (RODRÍGUEZ PÉRSICO, 2008, p. 31).

En este artículo se trabajará sobre algunos ejemplos en los que se advertirá aspectos concordantes más allá de las particularidades nacional-estatales, más acá de las proximidades posibles por la fuerza de las escuelas y las estéticas promovidas desde Europa, en particular desde Francia: el problema de la lectura, la cuestión de la lengua, la circulación de los impresos y sus efectos en la creación de los públicos.

2 Territorios modernos

Luego de los dispares empeños durante la colonia, la formación de los estados nacionales ofreció ilusiones y desafíos que, a veces, se vieron como insalvables para las élites que organizaron uno tras otro, a veces uno contra otro. La educación a través de la letra, la imprenta, los periódicos, los folletos, la novela incluso y los primeros libros que llegaban a menos que a más fueron soluciones que se ejecutaron con variable fortuna. La vastedad territorial, la incomunicación más allá de pequeñas comarcas, la quimera de que una lengua nacional podía sobreponerse a estas dificultades con el auxilio de un repertorio de símbolos animaron a esos sectores dirigentes a

pensar la literatura como espacio de representación nacional. Sólo en ocasiones esa misma representación pudo ser concebida en una zona geofísica y simbólica mayor: la americana.

El ejemplo de Machado de Assis, tan recurrido por la crítica brasileña, ilustra quizá mejor que ningún otro estas contradicciones. En su estudio ya clásico, originalmente publicado en 1959, Antonio Candido propuso que algunos cuentos y las novelas de la llamada segunda etapa de Machado de Assis introdujeron un factor diferenciador contra la creciente ola de nacionalismo de la poesía y la ficción que lo precedían y que le eran contemporáneas, en particular con *Memórias póstumas de Brás Cubas* (1881). Machado, dice Candido, hizo que la narrativa brasileña pasara de un conjunto de “enredos y tipos” a un grupo de dispositivos técnicos maduros, a la vez que buscó universalizar la circunstancia brasileña. Entre mediados del siglo XIX y comienzos de la siguiente centuria, en ninguna obra aparecida en Brasil y, se puede decir sin margen mayor de error, en Hispanoamérica, se hizo más evidente el conflicto entre la región y el mundo que en la de este escritor, ante la que un grupo significativo de lectores no fue indiferente (SEIXAS GUIMARÃES, 2004). Desde 1820 la literatura en Brasil intensificó la necesidad de crear algo autóctono: “Para unos era la celebración de la patria, para otros el indianismo, para otros, por fin, algo indefinible, pero que nos *expresara*” (CANDIDO, [1959] 1993, p. 11). Como en cualquier otra parte de América Latina –y, antes, en Europa–, en los centros de poder de Brasil la idea de literatura nacional se realizó por cuenta de la crítica romántica.

Míreselo como se quiera, el público fue el problema, siempre (o, mejor, los públicos): quiénes participan de la cultura letrada, cómo transmitir esa corriente de la voz a la letra, cómo incorporarlos lo más rápido posible. Una vez más, quizá Machado de Assis adelantó una respuesta. El 15 de agosto de 1876 en el *Diário de Notícias*, de Rio de Janeiro, se ocupó de una cuestión estadística. Para amenizar el asunto y disfrazar la mordacidad de

² En el original: “Para uns era a celebração da pátria, para outros o indianismo, para outros, enfim, algo indefinível, mas que nos *expressasse*” (*nuestra trad.*)

su crítica social y política creó un diálogo imaginario entre la voz narrativa y el *algoritmo*, en el que llega a estas conclusiones: a) La nación no sabe leer. Hay sólo un 30% de la población que puede hacerlo, del cual el 9% nunca lee. Por lo tanto, el 70% yace en la más profunda ignorancia. b) Las instituciones existen, pero para ese relativo 30%, por lo que propone una reforma política: en lugar de decir consultar a la nación o en vez de invocar a sus representantes y poderes, pensarlos, todos, en términos del treinta por ciento, ya que la opinión pública es “una metáfora sim base” (MACHADO DE ASSIS, [1875] 1962, III, p. 344-345). Con pasmosa lucidez, Machado dictamina que no hay (o no habrá) ciudadanía sin participación en la vida cultural y social, y que sin público no hay posibilidad de formar ciudadanía. Nadie, que sepamos, había llegado en la zona hispánica a conclusiones tan lúcidamente tajantes.

3 Lengua, formación, literatura, debates

Dos grandes polémicas casi simultáneas, una en el lado lusitano, otra en el área hispánica de América Latina, se introdujeron en un aspecto central en el exacto 1875: cómo hacer literatura en una lengua impuesta que, en su mayor parte, se habla cuando los procesos de alfabetización todavía son una lejana esperanza y en situaciones nacionales inestables, también por la escasa estabilidad lingüística. Y cómo hacerla cuando no hay políticas de alfabetización, cuando el poder de la imprenta y de sus productos es aún débil, cuando –como se las ingeniará para decirlo Machado– la ciudadanía era una ilusión. Entre el 22 de setiembre y el 11 de noviembre de 1875 este tema y sus ramificaciones ocupó sucesivas páginas del diario carioca *O Globo* en una polémica que tuvo, por un lado, al veterano José de Alencar, escritor-institución; por otro, al joven Joaquim Nabuco, quien acababa de volver de Francia, imbuido en ideas liberales y antiesclavistas. Nabuco se adelantó a desafiar al consejero del Emperador con una nota crítica sobre el estreno de la obra dramática *O jesuíta*. Alencar

reaccionó y a lo largo del intercambio estableció una dicotomía, bastante típica en el romanticismo, entre público ilustrado y pueblo, identificando a este último con ciertas infusas raíces nacionales. Esto lo llevó a remarcar la oposición entre naturaleza y ciudad: el Brasil profundo y auténtico radica en provincias y en los sujetos originarios, los indios, a quien el hombre culto debe interpretar y hasta debe prestar su voz tomando algunas de sus palabras para elevar su sentido. En cualquier caso, la cultura de la capital del Imperio debe recoger ese mensaje y expandirlo. Nabuco tiene una percepción más esteticista y afrancesada. No sólo le parece descaminado tomar al indio como fuente de lo nacional, sino que sólo a partir de la modernización europea podrá construirse una sociedad nueva y en concierto con las naciones del mundo. Para Nabuco la contradicción de Alencar está en querer ser “nacional” por mediación de novelas europeas que tratan del nativo, como las de Chateaubriand, y en la defensa de la esclavitud en cuanto parte constitutiva de la sociabilidad y la economía brasileñas. Paralelamente, Nabuco desprecia la lengua vulgar. En otros términos, sólo habrá efectivo liberalismo si se termina con la esclavitud, sólo habrá literatura brasileña moderna si se acaba con el mito folklorista de aquellos a quienes se sojuzga y se les niega el acceso a la alta cultura moderna, siempre que la hegemonía quede del lado de la visión civilizada (COUTINHO, 1965).

Unos meses después, y sin que hubiera contacto directo entre una discusión y otra, estalla el debate sobre la norma castellana en la península y en América, su formalización literaria y sus implicaciones políticas. El protagonista de esta querrela, Juan María Gutiérrez, figura de gran prestigio, había sido el responsable del primer gran mapa hispanoamericano con *América poética* (GUTIÉRREZ, 1846). En carta dirigida al Secretario de la Academia Española, difundida el 5 de enero de 1876, mucho después de recibir la invitación para ser miembro correspondiente, Gutiérrez devolvió la distinción:

Yo frecuento con intimidad a cuantos en esta mi ciudad natal escriben, piensan y estudian, y puedo asegurar a V.S. que sus bibliotecas rebosan en libros franceses, ingleses, italianos, alemanes,

y es natural que adquiriendo ideas por el intermedio de idiomas que ninguno de ellos es el materno, por mucho cariño que a éste tengan, le ofendan con frecuencia, sin dejar por eso de ser entendidos y estimados, ya aleguen en el foro, profesen en las aulas o escriban para el público. Hablarles a estos hombres de *pureza* y *elegancia* de la lengua, les tomaría tan de nuevo, como les causaría sorpresa recibir una visita vestida con la capa y el sombrero [...] (GUTIÉRREZ, [1875] 2006, p. 70).

Como se sabe, el rechazo de la hegemonía española venía de atrás. Domingo F. Sarmiento había sido el defensor hasta cierto punto más original de una lengua literaria argentina, capaz de sintetizar en su código las propiedades del francés y de las lenguas europeas que –en su opinión– fueran capaces de superar un castellano adocenado, portador de ideas monárquicas y ultramontanas (AMANTE, 2012; ALFÓN, 2013).

Una literatura hace una nación y no a la inversa. Sintéticamente ese sería el santo y seña del siglo XIX, con particular fuerza en el último tercio del siglo y no sólo en América (WILLIAMS, [1976] 2006). La novela comenzó a ser la posibilidad de atrapar lo más rápido posible un amplio grupo de lectores. En América, los conservadores la atacaron porque veían cómo por su intermedio cambiaba la sensibilidad y la moral, introduciéndose ideas ajenas a la religión cristiana. Unos pocos ejemplos lo muestran con elocuencia. En 1840 en el periódico *O Carapuceiro*, que el Padre Lopes Gama redactó íntegramente en el lejano norte, en Pernambuco, combatió las consecuencias en extremo sensuales y profanas de la danza indígena “*Bumba meu boi*”. De paso, aprovechó para atacar “el inmenso almacén de las novelas”, esas “flores venenosas” venidas de Francia que las muchachas leían con arrobos en las ciudades brasileñas (LOPES GAMA, [11 ene. 1840] 1996, p. 366-377). Aunque bajo otra óptica, la novela se volvió un problema para los animadores de los procesos educativos que, a mediados de la centuria, con velocidades diferentes comenzaron a prosperar en Chile, Uruguay y Argentina. Pero esos dirigentes educativos no tuvieron otro remedio que tolerarlas, porque la ficción era el antídoto veloz contra un modelo de pensamiento como el que defendía el sacerdote pernambucano. En 1853 Sarmiento escribió un

informe sobre la escasez e inadecuación de los libros para la enseñanza. En ese cuadro, la novela aparecía como “el primer libro que despierta el deseo de leer, que deja nociones en el espíritu [...] Las imprentas americanas no producen otro libro para la general lectura, porque es el único que encuentra lectores y compradores” (SARMIENTO, [15 jul. 1853] 1949, p. 449). Veintidós años más tarde, en su informe sobre la educación uruguaya estas condiciones se mantenían. El reformador José Pedro Varela, y gran admirador de Sarmiento, hizo un balance de la bibliografía que toca otros puntos fundamentales sobre las tipologías discursivas en la época, quizá válidas más allá de ese pequeño país:

Entre nosotros, ¿dónde están los libros que traten de todas aquellas materias que más nos interesa conocer? El libro, el folleto y la hoja volante, todo se resume para nosotros en el diario, que nos distribuye de ese modo una ilustración general homeopática. Por otra parte, de esa manera todo se halla subordinado a la política militante, que es la que anima y da vida al diario [...] En cuanto a la parte más ilustrada de la sociedad, a aquellos que leen algo más que novelas, que buscan lo que se llama libros serios [...] salvo rarísimas excepciones, sólo leen libros franceses, y sólo están al corriente del movimiento intelectual en los otros países por lo que en las obras francesas se dice, o por las traducciones que del inglés y el alemán se han al francés (VARELA, [1875] 1964, I, p. 39-40).

En síntesis: libros (pocos) en las bibliotecas públicas; libros en francés más que en español; traducciones francesas de otras lenguas aún infrecuentes para las minorías; simultáneas palabras en dialectos de Italia o de Francia que se escuchan por las calles y se aprenden inconscientemente; lenguas indígenas sofocadas, pero que se agazapan para hacer saltar sus palabras que terminan ocupando una zona literaria regionalista cada vez más fuerte; folletos, novelas por entregas. Con todo este nuevo mapa cultural y este nuevo mercado se reconfiguraba la sensibilidad que ya no podría ser ignorada y que resistirá cualquier anatema.

4 El mundo y la comarca

Sobre la experiencia europea Terry Eagleton pensó algo que, tal vez, puede ser de utilidad para meditar acerca de nacionalismos y regionalización en América Latina. La teoría del “nacionalismo clásico” –dice– reafirmó monolíticamente la idea de que cada una de las naciones “forjaría su propio y específico proyecto de autorrealización”. Esta forma de ver la historia estuvo acompañada de la concepción de que la obra de arte era capaz de resolver “la compleja relación entre lo individual y lo universal. [...] El Estado-nación puede armonizar la cultura con la política global: la Cultura puede reconciliar lo universal y lo particular” (EAGLETON, [2000] 2001, p. 97-98). Hasta cierto punto trasladar esta perspectiva a América Latina puede tener resultados provechosos. Repárese, por ejemplo, que en su continuamente reeditado folleto *Sociedades americanas en 1828*, Simón Rodríguez pensó de una manera más abierta a la descrita por Eagleton un concepto supranacional, el de americanidad, que asoció a una nueva norma escrita de la lengua impuesta por la metrópoli: “Hágase una *Ortografía Ortológica*, fundada en la boca, para los que hayan después de nosotros”. En otros términos, la lengua y sus canales expresivos completaban la liberación del colonialismo. Mientras se enfrascaban en esa discusión Andrés Bello y Domingo F. Sarmiento, Simón Rodríguez fue más allá de las ansias modernizadoras para reclamar la atención de los pueblos originarios y su participación real. Admitió el estudio de la decadencia de griegos y romanos, pero no debía importar “tanto como... la Decrepitud prematura en que empiezan á caer..., (casi á su nacimiento)..., las Repúblicas que han hecho, los Europeos y los Africanos, en el suelo de los Indios” (RODRÍGUEZ, [1828] 2018. s/p).

Al desafío de la tradición castellana que enarboló Rodríguez se sumó, en el otro extremo de América, una literatura que prestó oído a la voz criolla fomentada en hojas sueltas y hasta en periódicos de los menos, que

deseaban conducir a las mayorías. En ninguna parte como en el Río de la Plata la escritura del montevidiano Bartolomé Hidalgo interpretó esa voz y conjugó esa posibilidad con las formas cultas que había aprendido y practicado. Ese hallazgo precipitó la literatura gauchesca, cuya fuerza, entre dominadora de las masas criollas y expresiva de sus lenguajes, no cesó al menos hasta comienzos del siglo XX.

Hacia 1870 comenzó una urbanización acelerada con la modificación en las estructuras productivas, la emergencia de clases y categorías sociales nuevas que sustituyen la estratificación precapitalista. Aumentaron las vías férreas, aparecieron las primeras muestras de la industrialización. La burguesía disputó el poder al patriciado, en el sentido que le da al término Carlos Real de Azúa (1961), es decir, las familias que con o sin la preeminencia económica se consideran propietarias –espirituales y materiales– de estos nuevos territorios. De pronto, algunos núcleos urbanos se transfiguraron y la prensa y los impresos jugaron un papel decisivo. Buenos Aires tenía 400.000 habitantes en 1880 y casi cuatro centenares de periódicos de distinta clase que salían con regularidad (11 de ellos en italiano, 7 en inglés, 7 en francés, 4 en alemán) (ROMERO [1977] 2001). Por la misma fecha, Montevideo rondaba los 80.000 habitantes, vivía bajo un severo régimen militar y aun así circulaban 17 publicaciones periódicas (entre ellas, una en francés, otra en portugués y una tercera destinada a la colectividad vasca) (SCARONE, 1940). Entre 1890 y 1910 ingresaron al Río de la Plata más de un millón de inmigrantes (ODDONE, 1966, p. 39). Esa presencia no podía omitirse. Más que en cualquier otra parte de América la generación argentina del ochenta expresó el conflicto entre los que David Viñas llama los “*gentlemen* escritores”: el esteticismo patricio frente a la puja por un lugar en el mercado de la escritura (VIÑAS, 1964). Unos y otros disputaron los mismos periódicos del sector dominante, como el diario *La Nación*; otros, como Eduardo Gutiérrez, participaron de experiencias menores como *La Patria Argentina*, periódico cuyos folletines criollos, empezando por *Juan Moreira*, hicieron elevar sus tirajes de manera

exponencial. Para eso se necesitaban los resultados de la alfabetización impulsada dos décadas antes, algo impensable en Brasil.

Este cambio en la composición social y formativa de los agentes culturales y de los medios aparejó nuevos lenguajes que acicatearon, sobre todo en Buenos Aires, un periodismo sensacionalista. La opinión que sólo algunos descodificaron y las galas de la escritura fueron desplazadas por el creciente imperio de la noticia y su prosa rápida. Alarmado por este vuelco, en un discurso que pronunció en 1909 y publicó un trienio después, José Enrique Rodó llamó a la responsabilidad cívica del periodista al amparo de una selección de casos de la historia uruguaya. Simultáneamente, Rodó defendió la dignidad del oficio aun en las calidades expresivas, porque “esa disciplina del trabajo, ese hábito de la producción ágil y asidua, y esa gimnasia de claridad y precisión [...] desentumecan el estilo y adiestran las energías del entendimiento” (RODÓ, [1912] 1967, p. 648).

El triunfo de una escritura más “ágil y asidua” era el de un nuevo público que la estaba exigiendo. Hacia 1900, aunque continuara apelando al desinterés de la juventud que no podía sino ser la de los grupos dirigentes (RODÓ, [1900] 2019), aparecieron quienes escribían más “incitados por la economía” que por cualquier otra causa. Quiroga, a quien corresponde el último sintagma en una carta a Martínez Estrada del 26 de agosto de 1936 (QUIROGA, 2007, p. 432), representó esa voluntad temprana de profesionalización. Para Quiroga y para otros tantos escribir era un oficio que las revistas de actualidades que surgieron en el cambio de los siglos (*Caras y Caretas*, *El Hogar*, etcétera), potenciaron y auspiciaron en pocos meses un renovador modelo periodístico y, a su través, una nueva literatura (RIVERA, [1980-81] 1997); ROMANO, 2004). Además de escribir para diarios de gran tirada (*La Nación*, *La Prensa*), estas nuevas revistas abrieron otros cauces y otras formas de lectura, a las que se agregaron los niños consumidores de sus revistas (*PBT*, por ejemplo), a los que se empezó a ofrecer breves ejercicios narrativos que pudieran transformarse en libros de lectura escolar obligatoria (ROCCA, 2006). En otra escala, y en diferentes condiciones, Machado de Assis había intentado hacer antes lo mismo en

Río de Janeiro en revistas consumidas principalmente por mujeres de los sectores sociales medio y alto, como *Jornal das Famílias*, publicación que se vendía por suscripción y en la que Machado publicó setenta cuentos entre 1864 y 1878 (apud GLEDSON, 1998, p. 17-19). Escribir para sobrevivir, escribir para conquistar el futuro de una alta literatura, que se veía lejos, pero se confiaba alcanzar más allá de todos los tropiezos y desazones, que también alimentan su imaginario y su visión del mundo circundante.

5 Lecturas en una sociedad dividida

Como ya lo notó Henríquez Ureña, en el novecientos se extinguió la figura del escritor en cuanto luchador civil (HENRÍQUEZ UREÑA, [1945] 1949). Hubo excepciones notorias, como la de José Martí o, incluso, la de Rodó, quien fue parlamentario hasta 1916, cuando partió hacia Europa con el dudoso galardón de escribir crónicas para una revista de actualidades que, en el fondo, despreciaba, pero que le pagaba un viaje y una estadía que le hubiera sido imposible solventar. El mercado de bienes culturales cambió aceleradamente en el fin de siglo con la multiplicación del folletín, la impresión de folletos y libros baratos para los nuevos alfabetos. En Buenos Aires, por lo menos, esa tendencia venía de atrás. Eso vio el insomne e ilustre viajero Richard Burton, quien el 16 de agosto de 1868 consignó en su diario personal que la “manía por los kioscos emigró de las orillas del Sena al lejano Padre del Plata; en Buenos Aires se los ve incluso en la plaza principal. Venden periódicos y libros baratos, poesía erótica y fotografías un tanto escandalosas” (BURTON [1870] 1998, p. 226). Para que pudiera ocurrir este aumento en la lectura, complementada por el ingreso cada vez mayor de las imágenes, se necesitó de la enseñanza y la incorporación subsiguiente de textos literarios en el mercado educativo en forma de libros escolares. En un manual muy temprano para ese público, elaborado por el francés Eugéne Lebougle, *Ensayo sobre la literatura de los*

principales pueblos y especialmente del Río de la Plata (Buenos Aires, 1856), se incluyen textos “de oratoria [y] algunos fragmentos de prosa extraída de la ‘prensa periódica’” (BENTIVEGNA, 2017, p. 210). Esta antología al menudeo habla del poco espesor literario americano y, también, del imprescindible espacio de que goza la prensa en vísperas de la explosión de la modernidad. El circuito que incluye prensa, libros para consumo general y libros pedagógicos empieza a cerrarse. El libro de autor continuará lejos de los públicos mayores por el término de algunas décadas, hasta que se crucen en el proceso alfabetizador moderno los programas de las élites, las expectativas de quienes deseaban o necesitaban incorporarse a los bienes materiales y simbólicos, así como las conquistas empíricas de los sistemas populares (folletines, prensa, textos de uso escolar), y esa alianza –involuntaria o no– empiecen a mostrar sus resultados.

En esa gran rotación la mirada benigna y hasta elogiosa del sujeto nativo buscó atenuar rispideces e integrar armoniosamente a los que se acercaban a la lectura, un poder que ignoraban o apenas conocían. La obra cumbre de este encuentro entre lo social, lo autónomo y los grandes públicos es el *Martín Fierro*, cuya primera parte salió en 1872 y la segunda en 1879. Editado en toscos folletos, ignorado por las minorías, el poema narrativo se convertirá desde comienzos del siglo XX en el símbolo de la argentinidad y, traspuesto a contextos vecinos (Uruguay, Rio Grande do Sul) se volverá justa expresión de una sensibilidad que se venía fomentando desde hacía medio siglo en la poesía gauchesca. Nunca antes se había visto tamaño consumo entre los sectores menos letrados: sólo entre 1872 y 1879 se vendieron 48.000 ejemplares de la obra. Como señaló Adolfo Prieto, el *Martín Fierro* consiguió el cambio de un esquema de lectura, de la dirigista-formativa a la espontánea y contagiosa (PRIETO, 1988). Los folletos se comercializaron en librerías pero, mucho más, en almacenes rurales de ramos generales (“pulperías”) o fueron ofertados por vendedores ambulantes (“mercachifles”) que andaban por las estancias, caminando con un baúl al hombro. Uno de estos llegó al campo de la familia del poeta

Emilio Oribe, al que vendió “por unos centésimos, los dos tomos; en una edición con toscos grabados, en papel ordinario, con tapas azules y formato grande, como de revista. Así conocí el *Martín Fierro*”. Era verano, a comienzos de la década del diez del siglo XX. El jovencito lo leyó “de arriba abajo, aprendí versos, lo hice conocer a los peones” seguramente analfabetos en aquella frontera uruguayo-brasileña (ORIBE [1953] 1993, p. 21). Audición y lectura seguirán conviviendo, pero la segunda se extendería cada vez más por la alianza entre alfabetización e impreso, un acuerdo que avanzaba de desigual manera por el territorio americano, que ya no se retiraría.

6 Conclusiones

Los deseos de las minorías por crear naciones sólidas y homogéneas chocaron con el alud de inmigrantes de origen europeo, sobre todo, que las economías de los estados nacionales necesitaban como mano de obra técnica o que, en el caso del Río de la Plata o de Chile, simplemente aparecían mucho más allá de las expectativas de las dirigencias. La lengua nacional se vio, así, amenazada, y la literatura nacional recurrió a la incorporación, a veces a la domesticación simbólica de los sujetos propiamente americanos para relanzar esos proyectos. Como la literatura y el arte son espacios que están mucho más allá de las determinaciones, encierran una zona de enigma y de crisis. Si en diferentes partes de América se busca una literatura sobre lo “propio”, tal vez más que en un discurso autónomo (RAMA, [1983] 1985), se hace con las herramientas al alcance de esas minorías desde categorías universales modernas, en permanente tensión con el enigma de lo criollo, que se invoca sin cesar y sin poder aprehenderse, hasta que empieza a perder sus filos más agudos y el mito triunfa sobre la identificación de un referente conflictual, como puede verse en el caso del *Martín Fierro*, sobre todo en su segunda parte de 1879. Eso sucede, quizá, porque –como piensa Rancière– la literatura es

“social” toda vez que “expresa la sociedad ocupándose de sí misma, es decir de la manera como las palabras contienen un mundo”, y es “autónoma” puesto que “es el lugar sin contornos donde se exponen las manifestaciones de la poeticidad” (RANCIÈRE, [1998] 2009, p. 62).

En esta dirección, en el momento histórico-cultural atendido en este artículo, los ejemplos de las obras (o sectores de la obra) de Machado de Assis, Quiroga, inclusive Rodó se han visto en yuxtaposición a las cuestiones planteadas por la prensa, el folletín (europeo y americano) y ciertas zonas de una literatura que busca apropiarse de la voz del otro, como la gauchesca. En cualquier ejemplo, expresan el espacio de la contradicción y hasta del acuerdo más que el de la impuesta certeza que precisaban las minorías dirigentes.

7 Referencias

ALFÓN, Fernando. (selección y estudio liminar) **La querrela de la lengua en Argentina. Antología**. Buenos Aires: Ed. Biblioteca Nacional / Museo del Libro y de la Lengua, 2013.

AMANTE, Adriana (coord.) **Sarmiento**. Buenos Aires: Emecé. (Vol. IV de *Historia crítica de la literatura argentina*, N. Jitrik (dirección). 2012.

BENTIVEGNA, Diego. **La eficacia literaria. Configuraciones discursivas de literatura nacional en manuales argentinos (1866-1947)**. Buenos Aires: Eudeba, 2017.

BURTON, Richard F. **Cartas desde los campos de batalla del Paraguay**. Buenos Aires: Librería El Faro, [1870] 1998. (Traducción de R. M. Torlaschi. Prefacio de A. I. Larre Borges).

CANDIDO, Antonio. **Formação da literatura brasileira**. Belo Horizonte: Ed. Itatiaia, [1959] 1993.

COUTINHO, Afrânio (Org. e Apres.). **A Polêmica Alencar - Nabuco** [1875]. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro. 1965.

EAGLETON, Terry. **La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales**. Barcelona: Paidós, [2000] 2001. (Traducción de R. J. del Castillo).

GLEDSON, JOHN. Os contos de Machado de Assis: o machete e o violoncelo. *In*: MACHADO DE ASSIS, Joaquim Maria. **Contos. Uma antologia, J. M. Machado de Assis**. São Paulo: Companhia das Letras. 1998, p. 15-59.

GUTIÉRREZ, Juan María. (antología y noticias preliminares). **Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo (Parte lírica)**. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1846.

GUTIÉRREZ, Juan María. **Cartas de un porteño. Polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española**. Buenos Aires: Taurus. (Prólogo de J. Myers), [1875] 2006.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. **Las corrientes literarias en la América hispánica**. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, [1945] 1949. (Trad. de J. Díez-Canedo).

HERNÁNDEZ, José. **Martín Fierro**, Buenos Aires: Col. Archivos / UNESCO, [1872-1879] 2001. (Edición de Á. Núñez y É. Lois).

LOPES GAMA, Padre. **O Carapuceiro. Crônicas**. São Paulo: Companhia das Letras, 11 ene. 1840] 1996. (Organização E. Cabral de Melo)

MACHADO DE ASSIS, Joaquim Maria [1875]. História de quinze dias, *In*: COUTINHO, Afrânio (org.) **Obra completa**, vol. 3. Rio de Janeiro: Editora José Aguilar Ltda., 1962, p. 344-345.

ODDONE, Juan A. **La formación del Uruguay moderno. La inmigración y el desarrollo económico-social**. Buenos Aires: Eudeba, 1966.

ORIBE, Emilio. *Rapsodia bárbara* (poema). **Montevideo: Intendencia Municipal de Cerro Largo/ Banda Oriental**, [1953] 1993. (Edición crítica, advertencia y cronología de P. Rocca).

PRIETO, Adolfo. **El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna**. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.

QUIROGA, Horacio. **Diario y correspondencia, vol. V**. Buenos Aires: Losada, 2007. (Obras de H. Quiroga; J. Lafforgue; P. Rocca coeditores. Prólogo de J. Lafforgue).

RAMA, Ángel. Autonomía literaria americana / La modernización literaria latinoamericana (1870-1910). *In*: **La crítica de la cultura en América Latina**, Á. Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, [1983] 1985, p. 66-81. (Selección, prólogos de S. Sosnowski y T. E. Martínez).

RANCIÈRE, Jacques. **La palabra muda. Ensayo sobre las contradicciones de la literatura**. Buenos Aires: Eterna Cadencia, [1998] 2009. (Trad. de C. González).

REAL DE AZÚA, Carlos. **El patriciado uruguayo**. Montevideo: Cooperativa Asir, 1961.

RIVERA, Jorge B. **El escritor y la industria cultural**. Buenos Aires: Atuel, [1980-1981] 1997.

ROCCA, Pablo. **Horacio Quiroga, el escritor y el mito**. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2006.

RODÓ, José. Enrique. *Ariel*. Sevilla: Editorial Renacimiento, [1900] 2019. (Edición crítica, prólogo y notas de P. Rocca).

RODÓ, José Enrique. La prensa de Montevideo, *In*: RODÓ, José Enrique. **Obras completas**. Madrid: Aguilar, ([1912] 1967), pp. 644-649. (Edición, introducción, prólogo, cronología y notas de E. Rodríguez Monegal) [Originalmente en *El Mirador de Próspero*].

RODRÍGUEZ PÉRSICO, Adriana. **Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)**. Rosario: Beatriz Viterbo, 2008.

RODRÍGUEZ, Simón. [1828]. **Sociedades americanas en 1828**. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2018. (Edición de M. del R. Ramírez Fierro, R. Mondragón Velázquez y F. I. Cervantes Becerril).

ROMANO, Eduardo. **Revolución en la lectura**. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses. Buenos Aires: Catálogos / El Calafate, 2004.

ROMERO, José Luís. **Latinoamérica, las ciudades y las ideas**. Buenos Aires: Siglo XXI, [1977] 2001.

SARMIENTO, Domingo Faustino. [15 jul. 1853]. Bibliotecas locales. *In*: **Ortografía, instrucción pública, 1841-1854**. Buenos Aires: Ed. Luz del Día, 1949. (Tomo IV de Obras Completas de D. F. Sarmiento).

SCARONE, A. La prensa periódica del Uruguay de los años 1866 a 1880. **Revista Nacional**, Montevideo, v. 10, n. 29, may. 1940, p. 232-261.

SEIXAS GUIMARÃES, Hélio de. **Os leitores de Machado de Assis. O romance machadiano e o público de literatura no século 19**. São Paulo: Nankin/EDUSP, 2004.

VARELA, José Pedro. **La legislación escolar**. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública, Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, [1875] 1964. (Prólogo de A. Ardao).

VIÑAS, David. **Literatura argentina y realidad política**. Buenos Aires: Jorge Álvarez Ed, 1964.

WILLIAMS, Raymond. **Palabras clave**. Buenos Aires: Paidós, [1976] 2006
(Trad. de Horacio Pons).